

Bucles del destino

Por Miguel Sánchez-Ostiz
ABC | 2006

El quinto en discordia no es la primera novela del escritor canadiense Robertson Davies (1913-1995) traducida al castellano. Con anterioridad se publicaron sin pena ni gloria Asesinatos y ánimas en pena y Un hombre astuto. En un panorama literario (mediático) ruidoso y raquítico, la publicación de la trilogía de Davies de la que esta novela forma parte debería ser todo un acontecimiento, pero más parece la obra de un autor de éstos que no han encontrado nunca su momento y están condenados a esa suerte de clandestinidad en la que se mueven los lectores por devoción. Si la resonancia de una novela no tiene por fuerza que ver con su calidad, la obra de Davies es una buena prueba de ello: mucho prestigio y poco éxito real de público. Al menos fuera de Canadá, país donde fue una figura indiscutible.

El quinto en discordia es una novela sólida, sostenida, al margen de personajes complejos y acabados, por un sistema de ideas vivo, más abierto de lo que se puede suponer en el mundo presbiteriano, y por una voluntad firme de explicarse un tiempo, el propio, llevándolo a los papeles, con melancólica incredulidad, con un humor muy peculiar también, con una piedad rara poco simpática a los puritanos, pero sabiendo, como sostiene con notable perspicacia Valentí Puig en su prólogo, que hay pautas del comportamiento humano que son inexorables, en su calidad de arquetipos de conducta y al margen de la calificación moral que puedan tener éstos. Casi sólo por eso a Robertson Davies, al margen de la leyenda personal que pudiera gastar o dejar de gastar, hay que considerarle un novelista mayor, uno de los grandes, uno de los raros.

La vida no vivida. Los bucles de un destino que se percibe vivido de manera inexorable, las consecuencias, sería mejor decir, de los hechos azarosos, los pliegues sombríos y casi nunca aclarados de la culpa, el peso de la vida no vivida o vivida a medias, conforman algunas de las sendas del bosque narrativo de Davies en esta primera novela de la «Trilogía Deptford» ¿la que más éxito tuvo de las cuatro que escribió?, a la que seguirán (cuanto antes mejor, dicho sea de paso) La Mantícora y Mundo prodigioso.

En esta primera novela se trata de la bola de nieve que le tira un chico taimado, Staunton, a un compañero de colegio, Dunstan Ramsay, que la esquiva. De esa manera la bola da en una mujer embarazada, la señora Dempster, que pasaba por allí junto con su marido, párroco de la localidad.

A consecuencia del golpe y la caída en la nieve, la señora Dempster dará a luz de manera prematura a un niño con unas deficiencias y unas carencias, sobre todo, que marcarán su vida. Un hecho fortuito por tanto que marca no sólo la vida de los tres muchachos, sino también la de la comunidad en la que han nacido y viven, trasunto de la del propio Davies.

Y luego el destino rueda (como suele decirse) o la escorredura empieza, y cada cual interpreta en ese guñol trágico el papel que le ha correspondido en el reparto. ¿Hay posibilidad de cambiar los papeles? Eso parece preguntarse Davies. No, o muy poca. Y menos cuando la vejez asoma en el horizonte y ya la aventura no es posible salvo que se acepte el reto de lo extraordinario, de lo maravilloso y hasta de lo que en apariencia resulta monstruoso, como aquí ocurre.

El cultivo de la culpa. Ramsay, héroe de la Primera Guerra Mundial, a su pesar y por causa del miedo, por azar también, mutilado, que regresa para refugiarse en el cultivo de la culpa, será «el

quinto en discordia», ese personaje necesario, más que principal o secundario, sin el que la representación resulta cuando menos comprometida, como se encargará de explicarle la inquietante Liselotte Vitzlipütze, empresaria y atrezista de la troupe del mago Magnus Eisengreim, mujer tan fea como poderosa y seductora.

En El quinto en discordia hay magos de las finanzas, con la cantidad de falta de escrúpulos necesaria para que la máscara de lobo no desentone en el fresco; hay ilusionistas de buena o mala ley que esconden trastiendas tenebrosas, y hay hagiógrafos de vidas de santos probables y también improbables (que los hubo, y mucho), y que hacen ver que las curiosidades o erudiciones de Robertson Davies eran mayores que las que le llevaron a enseñar literatura en la Universidad de Toronto.

Algún personaje de este vasto fresco ¿reto al que ya pocos novelistas se atreven? peca en algunos momentos de cierta irrealidad o arbitrariedad narrativa, como es el caso del pintoresco, glotón, sabio y medio asilvestrado cura (jesuita) navarro, el padre Blazón, que siendo, como es, todo un personaje, más parece que se le haya buscado la patria chica en función de lo exótica o grotesca que pueda resultar ésta, que otra cosa. Detalle éste que un Nabokov habría lamentado, sin duda. Aunque quién sabe, las trastiendas de los escritores son tan curiosas como una barraca de feria de monstruos y atrocidades o como el baúl de un mago, y en ocasiones hasta la verdadera novela anida, escondida, en ellas. Y si de algo puede estar seguro el lector es de que las trastiendas literarias de Davies eran profundas de ganas y ricas en materiales de construcción novelescos.